



EL OFICIAL

Y

EL TEJEDOR.

EL OFICIAL

Y

EL TEJEDOR.

ó

La Virtud y Constancia

RECOMPENSADAS.

Por J. Q***



Barcelona.

Librería de M. SAURI y Compañía.
1830.



~~~~~  
Con licencia : Barcelona y Octu-  
bre 1830. Impreso por SAURI y com-  
pañía.  
~~~~~



EL OFICIAL

EL TERCIO

La Oficina y Compañía

RECOMENDADA

Por J. Q.



Barcelona

Imprenta de M. Serra y Compañía

1830.

Al lector.

En uno de los momentos en que mis ocupaciones permitían algún desahogo, tratando de llenar el tiempo, llegó á mis manos un manuscrito, y pasando la vista por él, no pudo menos de llamar mi atención, pues á pesar de que el lenguaje es natural, y carece de un estilo romancesco y brillante como el que suele usarse en las obras de esta naturaleza, por reducirse á una mera narración; es no obstante su contenido tan curioso como debe serlo una novelita fundada en hechos positivos, y que muchas de las personas que figuran en ella existen en el día, con solo la diferencia de variar sus nombres, los sitios de su residencia y lugares donde los sucesos han ocurrido. Su lectura no puede menos de interesar, pues brilla en toda la obra una sana moral, presentando á un padre de familias que mediante los auxilios de la religión y una sólida filosofía, encuentra en medio de los reveses de la fortuna, su deseada tranquilidad y el modo de hacer feliz á su familia. Una buena esposa y madre, resignada con su suerte; una jóven candorosa,

unos hijos llenos de virtud y amor filial, y por último un atolondrado, á quien los principios de la buena educacion que habia recibido y los consejos de sus buenos amigos, conducen á los verdaderos deberes sociales.

Tal es, amados lectores, la indicada obrita que presento, con el objeto de que paseis los ratos ociosos. De su mérito formaréis el juicio que mejor os parezca: si agradase quedaré complacido y habré llenado mis deseos.

J. Q***

El Oficial

Y

EL TEJEDOR.

CAPITULO I.

EN la hermosa ciudad de Granada, una de las mas deliciosas poblaciones que ornan nuestra España, estaba avecindado D. Pablo Zuñiga, hombre de unos cuarenta y ocho años, que habia militado mas de los dos tercios de su vida durante el reynado de Carlos IV., y era padre de una numerosa familia á la que sustentaba por medio de un trabajo honesto, á que se veia reducido por las vicisitudes.

En una de las floridas mañanas del mes de Abril, salió Zuñiga, para distraerse de sus tareas, á dar un paseo. Dirijióse por las orillas del Genil, uno de los rios que bañan

á la indicada ciudad: despues de dos horas de egercicio, ya algo fatigado, se sentó en uno de los bancos del paseo à reposar, y estando abismado en sus reflexiones, volvió la cabeza dirigiendo la vista ácia un puente que atraviesa dicho rio construido por el general Sebastiani, cuando la ocupacion de las tropas francesas; y vió en él á un hombre con fraque y sombrero redondo, bastante bien vestido, que con sus ademanes manifestaba estar premeditando alguna resolucion, porqué, à corto rato sacó un papel, y estuvo como anotando alguna cosa; con una lapicera, lo cerró y puso con otros sobre el pretil del puente; despues volvió la cabeza con aceleramiento á todas partes, se quitó el fraque y sombrero, y en un instante se precipita al rio. Zuñiga sorprendido de una escena tan horrorosa, llevado de los sentimientos generosos y humanos de su corazon, y recordando su antiguo ardor juvenil, se levanta del asiento, corre acelerado al mismo puente, y sin vacilar un momento se arroja en el rio para salvar á aquel desgraciado. Confiado en

su destreza en el nadar hace todos los esfuerzos posibles, y no sin riesgo de su vida, despues de vencer mil obstáculos, consigue asegurar por un brazo à aquel infeliz y sacarlo á la orilla. ¡Pero cual fué la sorpresa de Zuñiga cuando, sin embargo de las facciones demudadas, ojos lánguidos, y lábios cardenos de aquel infeliz que estaba sin ningun movimiento, descubre la fisonomia de su antiguo amigo D. Ventura Bustamante! En este estado sin saber que partido tomar, por hallarse algo distante de la poblacion, y no tener ausilios que poder prestar à su amigo, estaba lleno de la mayor confusion; en este compromiso vió que movia los brazos y su vista tomaba un ser natural, fijandola con asombro á todas partes como si se le presentasen objetos nuevos; y despues de algunos momentos, con una voz débil y trémula dice; ¿quién es el ser humano à quien debo la prolongacion de mis miseros dias? Querido amigo mio, le responde con la mayor ternura Zuñiga, á quien puedes deberlo sino à la divina providencia, que nunca abandona los mortales y quiere reconozcan sus estra-

vios? Entonces Bustamante, algun tanto repuesto, fija la atencion en el sujeto que le habla, su voz no le es desconocida, reconoce á su amigo y se arroja á sus brazos, bañando sus mejillas con tiernas lágrimas. Conmovido Zuñiga levanta á Bustamante; y apoyándole con su brazo, se dirijen ambos al puente, donde recojen el fraque, sombrero y papeles, y le insta se deje acompañar, á lo que accedió Bustamante; y caminando á un paso lento segun permitia su mucha debilidad, se dirijieron por la carrera de las Angustias; pero al llegar en frente de la iglesia de este nombre, no les fué posible pasar adelante por un desmayo que sobrecojió á Bustamante, lo que obligó á Zuñiga á subirlo á su casa, que era un piso segundo alli próximo. Inmediatamente lo hizo poner en una sencilla pero limpia cama, avisando á un hábil facultativo que á cortos momentos vino, y examinando al paciente, le propinó un cordial, recomendando sobre todo el silencio y quietud que era lo que en su opinion necesitaba mas el enfermo, y pronosticando favorablemente se des-

pidió hasta el siguiente dia. Esperó Zuñiga la ocasion de hallarse solo con su querida esposa Teodora, para informarla de las raras ocurrencias de aquel dia, las que seguramente debian tenerla sorprendida; y á la noche cuando todos sus hijos estaban recogidos y su amigo reposaba, le dijo: mi querida amiga, conozco la curiosidad fundada en que estarás, viendo el interés que me tomo por este sugeto, y el haberme determinado á traerlo á nuestra casa, comprometiéndonos á gastos en las reducidas circunstancias en que nos hallamos; pero cesará tu sorpresa cuando sepas las causas que la motivan. Este sugeto se llama D. Ventura Bustamante, es de una de las principales familias de Osuna, lo conocí en el año ocho en el ejército de Estremadura de subteniente de un regimiento que formaba brigada con el mio; su buen fondo y carácter en el que demostraba haber recibido una educacion nada comun, y ademas ser un oficial valiente, hacia su trato apreciable; sin embargo de ser algo peligroso por su genial fogoso y exaltado, lo que en

distintas ocasiones le comprometia, pero conmigo siempre guardò la mayor consecuencia y amistad, y aun en la desgraciada y sangrienta batalla de Medellin debí á su valor la conservacion de mi vida, acontecimiento que nunca olvidaré, y que hizo estrechar mas nuestra amistad. Figurate cual seria mi sorpresa en la tarde de hoy, cuando por el puente de Genil ví precipitarse un hombre al rio! Por un impulso natural acudí á su socorro, y me encuentro con mi antiguo amigo; mi justa gratitud consiguió salvar la existencia de aquel á quien debia yo la mia, y no sin dificultad pude reanimarle; y recogiendo su ropa y papeles traté de acompañarlo, no pareciéndome justo abandonarle en tan crítica situacion; mas al llegar cerca de nuestra casa, su mucha debilidad y lo que habia padecido le ocasionó una congoja; en cuyo caso no me quedò otro recurso que subirlo aquí: y hasta ahora ignoro que motivos hayan podido turbar el conocimiento de Bustamante para tomar una resolucion tan desesperada. Esto es lo que sé y puedo decirte, creyendo inútil el encargarte la

reserva de este acontecimiento, pues tu prudencia conocerá muy bien las consecuencias que puede tener. Mi querido esposo, contestó Teodora, ciertamente aunque consideraba te asistirian razones poderosas para tomar una resolucion tan arriesgada, deseaba saber los motivos que te podian haber impulsado à ello: pero amigo, me basta solo el que le seas deudor de tu conservacion, objeto para mi el mas interesante de este mundo, para que prescindas de cualquiera otra razon, y ponga de mi parte el mayor interes y desvelo en su asistencia.

En toda la noche no se separaron Zuñiga y su esposa de la cabecera de la cama donde estaba Bustamante, dándole de tanto en tanto alternativamente el cordial y el alimento; á la madrugada tuvieron la satisfaccion de notar en su amigo algunos intervalos de reposo, y se corroboró su esperanza con la venida del facultativo, el cual, conociendo la mejoría, aseguró que la vida del paciente no peligraba, mas encargò de nuevo el mismo plan, y sobre todo que no se le permitiese hablar.

El prudente Zuñiga tuvo la prevision de informarse de la casa donde habia habitado su amigo, y personalmente avisó para que no estuviesen con cuidado, con el obgeto de evitar pesquisas y que se diese publicidad á un acontecimiento que tan malos resultados podia tener para su amigo, de lo que él solo queria ser sabedor. Ademas, tomó los papeles que recogió del pretil del puente, los examinó, y entre ellos encontró una carta de un apoderado de Bustamante que le escribia desde Madrid, dándole las infaustas noticias de que su tia y protectora le habia retirado las asistencias por saber el mal uso que hacia de ellas disipándolas en el juego y otros extravios; y que su expediente que pendia en el supremo consejo de la guerra, no prometia los mejores resultados. El otro papel estaba señalado con lapiz, y al parecer era el que escribió Bustamante en el puente cuando la fuerza de su acceso: en su contenido manifestaba lo penosos que le eran sus dias, y que cansado de su existencia tomaba el partido de suicidarse; y que por haber sido reso-

lucion unicamente suya, dejaba aquel escrito á fin que este hecho no pasase en perjuicio de tercero. Zuñiga dobló los escritos y con toda precaucion y reserva los guardó en su escritorio.

A los siete dias tuvo la dulce satisfaccion de ver coronados sus desvelos y sacrificios con la notable mejoría de su amigo; al noveno el facultativo puso el enfermo á mediaracion, y á los doce mandó se levantase un rato, y pasase á la sala principal cuyos balcones caian á la carrera de las Angustias, donde la mucha concurrencia y variedad de obgetos que presenta, distraerian al convalciente; pues le era esencial por ser su principal padecimiento el de una imaginacion debilitada.

Tan buenas nuevas al instante pasó Zuñiga á ponerlas en conocimiento de Teodora, previniéndola tuviese dispuesta para el siguiente dia una sóbria pero decente comida, con arreglo á lo que sus circunstancias permitian, pues su amigo les acompañaria en la mesa. Teodora recibió esta noticia con la mayor satisfaccion, regocijándose de la mejoría del ami-

go de su esposo, y se encargó de llenar con el mayor celo su encargo.

El dia en que debia levantarse de la cama Bustamante, á eso de las once, entrò su amigo, y le habló así: tengo la grata satisfaccion de anunciarte que hallándote fuera de todo peligro, es necesario te esfuerces, y recuperes tu valor y antigua jovialidad, pues te vas à levantar, y quiero trasladarte à la sala, para que tomes aires mas puros, y con las buenas vistas que tiene, en algun tanto te distraigas. Al mismo tiempo tendré el placer de que conozcas à mi numerosa familia, la que hace dias ansía verte. ¿Ay, amigo, le contestò Bustamante echándole los brazos al cuello, con que puedo pagarte? En este momento carezco hasta de espresiones para manifestarte mi reconocimiento; pero con todo ayúdame à vestir y preséntame à tu digna esposa y queridos hijos. En efecto asi lo hizo Zuniga, y tomándolo por debajo del brazo lo condujo à la sala à paso lento por no permitir mas su mucha flaqueza, y lo sentó en un sillón junto à los cristales del balcon. ¿Pero que

cuadro se le presenta à la vista? Una señora sentada, al parecer de unos treinta y cinco años, modestamente vestida con un traje sencillo de percala de color, un delantal con sus dos bolsillos y lazaderas, y un gorro blanco guarnecido de un pequeño dibujo: tenia en los brazos, lectándolo, à un niño de pocos meses: su semblante manifestaba conservar aun los restos de una hermosura nada comun; à su inmediacion estaba un chiquillo como de dos años vivaracho y jugueton, y al otro lado una niña de nueve muy graciosa y bien parecida, con una joven de quince, mas gruesa y corpulenta que la madre, de un color moreno claro, unos lábios como el carmin, nariz afilada y bien hecha, y sobre todo unos ojos negros rasgados y hermosos, pero que en sus miradas manifestaban el pudor virginal. Estaban ocupadas ambas con la mayor atencion, en hacer un fleco ancho de algodón de varios colores y dibujos, el cual tenian enlazado en un telarito à propósito y solo à la entrada de Bustamante levantaron la vista, se incorporaron y le hicieron:

un respetuoso y atento saludo. Después que este tomó asiento, le dirigió la palabra Zuñiga diciéndole; tengo el gusto de que conozcas à mi querida esposa y fiel compañera, à Laureta y Eloisa mis dos hijas, y à esos dos picaruelos, que componen parte de mi familia: dentro de corto tiempo verás el resto, y te penetrarás de que soy un pequeño patriarca rodeado de esta numerosa próle, en la que fundo todas mis delicias y felicidad. Teodora, con la mayor amabilidad le hizo un afectuoso saludo; y después de un largo espacio que estaba ya sentado Bustamante guardando un profundo silencio, como admirado del cuadro que se le presentaba, prorumpió con vehemencia, diciendo. ¡ Oh querido amigo, cuan feliz te considero ! Si en mi corazón pudiese caber la envidia, desearia igual suerte à la tuya. En esto dieron las doce, llamaron à la puerta y entraron un jóven de unos diez y siete años, otro como de trece, rúbio, blanco y corpulento, y el último de once, no muy alto, morenillo y ojos negros que manifestaban una viveza extraordinaria.

Zuñiga les previno que aquel caballero era su amigo, con cuya indicacion se llegaron à él, y tomando el mayor la palabra, dirigió un discurso corto pero espresivo al señor de Bustamante, ofreciéndosele è informándole del estado de su salud; al que contestó este, lleno de la mas tierna emocion.

A corto tiempo avisò la criada (única que habia) que la mesa estaba puesta; entonces Zuñiga dijo à su amigo: tu estrañarás la inversion de horas en nuestras comidas, tan distinta de cuando estàbamos juntos; pero hay dos razones, la primera tu estado de convalecencia, y la segunda la distribucion del tiempo para el género de ocupaciones que tenemos, hallándonos constituidos unos verdaderos menestrales. Al principio me causó alguna novedad; pero la precision es la ley mas imperiosa, y no nos causa molestia cuando hacemos un género de vida aislado y sin el trato de personas de cumplimento.

En esto se fueron al cuarto donde estaba la mesa: colocaron à la cabecera à Bustamente, à su derecha à Teodora, y à su izquierda la jóven

Laureta: el señor de Zuñiga al otro extremo, su hijo Fidel á la derecha, y los demas interpolados. Sirvióse una sóbria pero apetitosa comida, y Teodora con su natural amabilidad se esmeró en hacer plato y obsequiar al convaleciente, cuidando Zuñiga del resto de la familia. Bustamante á fuerza de instancias picó una ú otra friolerilla, estando como embelesado admirando la compostura, modales y urbanidad que usaban todos aquellos jóvenes, prueba nada equivocada de su origen y cuidadosa educacion, que á pesar de la estrechez de medios recibian de sus apasionados padres. Finalizada la comida y tributadas las debidas gracias al Ser supremo, á una ligera indicacion todos los niños se levantaron y retiraron, quedando solamente Teodora con Laureta y Fidel que por su edad merecian esta distincion; se quitaron los manteles y se sirvió el café. Zuñiga con tono placentero, dirigiendo la palabra á su amigo, le dijo: ya ves una nueva prueba de la amistad en la franqueza con que te trató, presentándote una parca comida, siendo el café el único exceso

de este dia, en recuerdo de las muchas veces que hemos tenido juntos este inocente desaogo. Bustamante le contestó diciéndole, que en esto recibia la mayor satisfaccion, y que de lo contrario se resentiria su delicadeza si conociese era graboso á sus mejores amigos. Despues versó la conversacion sobre asuntos indiferentes, hasta que últimamente dirigiéndose Bustamante á Fidel le preguntó á que se dedicaba; el joven algo encendido, pero con un semblante risueño, le contestó que ya que por las vicisitudes de sus amados padres no le era posible continuar la carrera que emprendió, á la que tenia la mayor inclinacion; se habia dedicado con sus otros hermanitos al arte de tejidos de algodón, para en algun modo ausiliar á sus indicados padres en aquello que estaba de su parte; y que por las noches continuaba el estudio de las Matemáticas y dibujos natural y de paisages, y sus hermanitos el leer, escribir y gramática castellana. El padre le insinuó presentase algunos objetos al señor de Bustamante; el joven Fidel se levantó y en el momento

tomó y puso en sus manos distintas muestras de telas perfectamente imitadas á las percalas francesas y genovesas, tanto por el gusto de sus labores y dibujos, cuanto por su finura y perfecta elaboracion: despues le presentó escritos de diferentes formas de letras y relieves, y por último una cabeza romana perfectamente dibujada con unas plumadas delicadas; y al cabo un problema de geometria. Bustamante lo examinó todo con la mayor atencion, y cada vez mas sorprendido y admirado, levantando la cabeza y mirando á su amigo, le dice; no puedo menos de confesar que eres el hombre mas venturoso con semejantes hijos; y V., virtuoso jóven, continúe en sus laudables propósitos aliviando á sus queridos padres á quien tantos sacrificios merece, que indudablemente no le dejará sin recompensa la Divina Providencia. El joven oyó todos estos elogios con la mayor moderacion, sin engreirse ni llenarse de orgullo. En tanto Zuñiga viendo que la sobre mesa habia sido larga y que podia no ser provechosa á su amigo, le insinuó seria conveniente el que reposase un rato,

á lo que, convencido de la razon, accedió retirándose á su cuarto, y saliendo los demas á sus respectivas ocupaciones.

La convalecencia de Bustamante era lenta, porque la principal causa consistia en una lipocondria suma, estando cuasi siempre taciturno y melancólico; por lo que le pareció á su amigo, que el mejor medio de distraerlo seria el trasladarlo por algunos dias á uno de los pueblos de la deliciosa y pintoresca Vega, con el objeto de que tomando unos aires mas puros, y diversidad de distracciones, fijase sus ideas y recobrase su antigua jovialidad. Efectivamente se lo propuso, y no encontrando oposicion, quedó decidido que en el Domingo prójimo se realizaria la marcha, eligiendo á Santa Fe, pequeña pero hermosa ciudad formada por los reyes católicos en el tiempo de la conquista, pareciendo este pueblo el mas á propósito á los dos amigos para el fin propuesto. En esta inteligencia, desde luego Zuñiga tomó sus disposiciones, y escribió á un amigo suyo, que era el abad de la colegiata de la indicada

ciudad; y al siguiente dia tuvo la contestacion mas satisfactoria del mencionado prelado, brindàndole en un todo con su casa propia y facultades.

Llegado que fué el dia señalado, Zuñiga facilitó una calesa y con su amigo se dirigieron à Santa Fe, à cuya entrada los estaba esperando el señor abad y los condujo à su casa, donde tenia una bonita y alegre habitacion destinada para el nuevo huésped: subieron à ella, y despues de los cumplimientos de urbanidad, reiterò con la mayor cordialidad sus ofrecimientos, manifestando la satisfaccion que le cabia en contribuir al restablecimiento del convaleciente: Zuñiga y su amigo contestaron tributando las debidas gracias à ofrecimientos tan sinceros.

Despues de un rato de descanso, el señor abad les hizo servir el desayuno, en el que este eclesiastico con un caracter jovial y bondadoso mantuvo la conversacion, descubriendo en ella un gran fondo de prudencia, erudicion y finura. Bustamante, como queriendo recordar algunas ideas, creyó que el semblante del

señor abad no le era desconocido, por lo que atentamente le preguntò, si en algun tiempo habia estado en Estremadura; à lo que contestò este, que en el año ocho estando de capellan del regimiento de Mallorca, se hallaba en dicha provincia, de la que pasó à Cataluña con los granaderos provinciales, y que despues de sufrir la suerte de prisionero y otras varias vicisitudes de la guerra, nuestro amado Soberano al regreso de su cautiverio en Francia, le habia concedido una canongia de Sigüenza, y últimamente la dignidad que ocupaba, cuya prebenda le era mas que suficiente para sus cortos gastos, y dar asistencias à dos sobrinos que tenia, el uno en el colegio militar, y el otro en el de Santiago de Granada por inclinarse à la abogacia. Efectivamente despues de varios recuerdos vinieron en conocimiento de haberse visto algunas veces en Badajoz, donde frecuentaban las casas del chantre y del administrador general. En esto Zuñiga se despidió para regresar à Granada, ofreciendo volver los domingos, que eran los dias que únicamente le permitian sus ocupaciones el ver sus ami-

gos; el señor abad se encargò del cuidado de Bustamante, y de proporcionarle todos los medios de distraccion, lo que esperaba conseguir por la hermosa situacion de la poblacion y deliciosas cercanias que la rodeaban; por lo que partiò Zuñiga satisfecho, habiendo antes dado un abrazo à sus amigos.

Cumplió exactamente sus promesas el abad, esmerándose en el cuidado de Bustamante: en las horas que el coro y ocupaciones de su ministerio se lo permitian le hacia un rato de compañía: y otras veces salia con él à paseo, confortándolo con sus sabias maximas y agradable conversacion, en términos que ganó enteramente la confianza de Bustamante, siendo el depositario de sus mas reconditos secretos.

CAPITULO II.

Historia de Don Ventura de Bustamante.

EN uno de los dias que solia dar sus paseos de costumbre Bustaman-

te en compañía del señor abad, notò este que su amigo iba poseido de una profunda melancolia; lleno de sensibilidad, con la mayor dulzura y prevaliéndose del ascendiente que habia adquirido sobre él, le dijo: amigo mio, desearia saber cuales son las causas que ocupan la imaginacion de V., y que pesares contristan su corazon, pues la comunicacion de nuestros males à un buen amigo, sino es posible tengan alivio, al menos se consigue este desaogo, ò tal vez algun consejo saludable, pues la mayor parte de las veces, nuestra imaginacion fascinada nos hace parecer los objetos diferentes de lo que son en realidad, aumentando la idea de las desgracias, que contadas à veces suelen quedar en nada. Bustamante despues de estar pensativo, tomó la mano del abad y estrechándola en su pecho, le dijo: conozco que vuestra pregunta no es nacida de mera curiosidad, sino hija del zelo propio de vuestro sagrado ministerio; esto me obliga à hacer una declaracion exacta de todas las vicisitudes de mi vida. Yo nací en la ciudad de Osuna, hijo

de unos padres de familias distinguidas y bien conocidas; á la edad de seis años perdí mi padre, y á los pocos meses le siguió su esposa, de manera que parece que desde mi infancia he tenido una fatal estrella ó hado que eternamente me ha perseguido. Habiendo quedado en la horfandad, se hizo cargo de mi una tia, hermana de mi madre, señora de unos cuarenta y cinco años, viuda de un consejero de Indias y con bastantes bienes de fortuna; á esta señora, que mas bien puedo llamar mi segunda madre y bienhechora, soy deudor de mi existencia. Cuidadosa de mi educacion desde luego me puso en el colegio de padres esculapios de Archidona, donde aprendí los primeros rudimentos; á los doce años me hizo pasar á Granada para que estudiase filosofía y leyes en el colegio de Santiago, por inclinarme á la jurisprudencia. En él me hallaba en el año ocho cuando el pronunciamiento de toda la nacion por la causa de nuestra independenciam; como otros muchos, entré en los preferentes, donde ascendí á oficial en la memorable batalla de Baylen, en la que fué aba-

tido el orgullo de los vencedores de Austerlitz y Marengo; y á pocos dias pasé al ejército de Estremadura en donde conocí su amigo de V. y mio Zuñiga. Mi resolucion y conducta mereció la aprobacion de mi bienhechora, la que constantemente ha continuado prodigándome sus beneficios, hasta de pocos dias á esta parte. Hecha la paz general me encontraba ya con el empleo de capitán á la edad de veinte y cinco años; y deseoso de mayores adelantos en la carrera, y con una noble emulacion, sabiendo que el general Morillo estaba nombrado para pasar á Costa-firme con una division, solicité real licencia y habiéndola obtenido, fuí á Madrid donde con varias recomendaciones que mi querida tia me proporcionó, y particularmente la influencia de un hermano suyo capellan de honor, que estaba en las mayores relaciones con el ministerio, alcancé lo que apetecia de ser colocado con un grado mas, en uno de los cuerpos que debian componer la indicada division espedicionaria, presentándoseme con esto un vasto campo á mis lisongeras esperanzas.

Al cabo de un mes y medio, despues de equipado completamente, en lo que se esmeró mi bienhechora, pasé à Càdiz para incorporar-me en mi nuevo cuerpo, en el que hallé la mas grata acogida de los gefes y compañeros. Con la actividad del general, se reunió y organizò su cuerpo de egército, compuesto de unos diez mil hombres de todas armas; y sin exageracion puede decirse que no es fácil reunir unas tropas mas brillantes, tanto por la clase de gente escogida que las componian, quanto por su instruccion, disciplina, y completo equipo, en el que nada habia omitido el gobierno.

Nos hicimos à la vela à corto tiempo con destino à Costa-firme, para llenar el objeto de su pacificacion, à fin de que sus habitantes volviesen à reunirse con sus hermanos de la península, reconociendo los legítimos derechos del mejor de los soberanos, y tornasen à ponerse bajo su paternal y benéfico gobierno. Por desgracia no correspondieron los resultados à las esperanzas que se habian concebido, y le fuè necesario al general valerse de la fuer-

za, comenzando à obrar hostilmente, en vista de la obcecacion de aquellos súbditos estraviados. Desembarcamos en la isla de Santa-Margarita, y despues pasamos de esta à la Costa-firme; en la travesia hubo el contratiempo de volarse el único navio de línea que llevàbamos, en cuyo acontecimiento, nuestro general dió una nueva prueba de la firmeza y valor que tan acreditado tenia, pues continuó el rumbo y se realizó felizmente el desembarco al frente de la plaza de Cartagena. No siendo de mi objeto los detalles de su sitio y rendicion donde tanto se señalò el valor de los oficiales y la bizarría de las tropas; solo me contraigo à decir que habiendo yo salido herido, luego de mi curacion fuí ascendido à comandante de un cuerpo, en el que continué las campañas en aquel pais durante la permanencia del general, y cuando su regreso à España, en la accion de Calabozo que mandaba su segundo Latorre, de un golpe de lanza fuí gravemente herido, y viendo que la curacion era muy dilatada, y que probablemente quedaria inutilizado, pasé à la Ha-

hana, donde al cabo de muchos meses, à fuerza de mi constitucion robusta y de la habilidad de los facultativos, conseguí mi completo restablecimiento.

Para mi convalecencia pasé à una posesion de un amigo mio, que distaba pocas leguas de la capital. En los frecuentes paseos que daba para cobrar fuerzas, fuí informado que à las inmediaciones del caserio donde yo vivia, se hallaba una grande y deliciosa posesion, propiedad de una viuda, señora riquísima, la que en ciertas estaciones del año venia à pasar algunos dias, y con su carácter social y amable atraia una reunion brillante. Como mi objeto era distraerme, con semejante noticia procuré conducto para ser presentado y componer parte de los concurrentes.

Efectivamente, à pocos dias un contador de navio jubilado llenó mis deseos presentándome à dicha señora, y haciendo de mi unos elogios algo exagerados. Fui recibido con la mayor urbanidad y con un agrado que no desmentia lo que yo habia oido. Era alta, bien proporcionada

y airosa, algo morenita, con una boca pequeña y hermosa dentadura, acompañándola unos ojos negros vivos é insinuantes: manifestaba como unos treinta años, bien conservados pues habiéndose casado à los veinte, perdió su esposo à los nueve meses en una travesia à la Jamayca, lo que la posesionó de un inmenso caudal. Sobre todo lo que le hacia mas interesante era su conversacion flùida, su mucha facilidad en la produccion, con aquel gracioso acento propio del pais. Despues de un cuarto de hora nos despedimos recibiendo mil ofrecimientos, à los que correspondí atentamente prometiendo ser partícipe de ellos. Al siguiente dia hice la visita de atencion, y despues continuè à las horas de costumbre por las noches, como uno de tantos tertuliantes.

No pudo ocultarseme que en todas las ocasiones la señora viudita hacia de mi una particular distincion, y de cuando en cuando sus miradas se encontraban con las mias: reunido esto à una cierta inquietud y desasosiego que yo experimentaba, para mi desconocido hasta entonces, y no

hallándome bien en ninguna parte sino en su compañía, me decidí á hacerle por escrito una manifestacion de mi estado, porque à pesar de ser en otros particulares resuelto, en esto de amores soy muy tímido; circunstancia à la verdad estraña en un militar. Mandé mi escrito por persona de toda confianza, y pasè todo el dia en la mayor inquietud, esperando con impaciencia llegase la noche para ver el resultado: llegó el momento y fuí á la tertulia; entrè como trémulo, pero me animé con el semblante risueño con que me recibió la viudita, haciendo esta como casual el que quedase desocupado un asiento à su lado. Entónces aproveché la ocasion y apenas lo ocupé, luego en voz baja me dijo, que cuando se retirasen los tertulianos me quedase. ¡Qué larga è insipida para mí fuè en aquella noche la reunion, pareciéndome à cada instante un siglo! Llegò por último el momento apetecido, y todos se retiraron. Entónces la señora se sentò y me indicò hiciese lo mismo, y tomando su semblante cierta gravedad aunque amable, me di-

jo; señor de Bustamante, he recibido un escrito de V. y ciertamente he estrañado que un español carezca de resolucion para hacer verbalmente la manifestacion de sus sentimientos à una señora, mucho mas cuando no atacan su decoro, siendo esto permitido à todo hombre, y ademas, no hallándose V. tan desnudo de mérito debe creer que à ninguna muger le pesa ser amada. Confortado con estas espresiones cobré ánimo, me arrojé à sus pies, y en los terminos que permitia el aturdimiento en que me hallaba, la hice una confesion de los sentimientos de mi alma, juràndole una fé eterna. Tuve la satisfaccion de oir de sus lábios que era correspondido; recibí pruebas de esta verdad, sin perjuicio de su decoro, y por último decidimos estrechar nuestros vínculos por medio del matrimonio, para cuyo fin desde luego pedí la real licencia, y el consentimiento de mi tia para realizarlo.

Ufano con unas esperanzas tan lisongeras, esperando dentro poco tiempo verme unido á mi objeto amado y poseedor de inmensos intere-

ses, proponiendome el regreso á mi amada patria, donde continuaria mi carrera en la que tan adelantado estaba, ocupaban de continuo todos estos objetos agradablemente mi fantasia. Pero! ¡que pronto desaparecieron como el humo estos castillos en el aire!

Fué el caso, que un primo del marido de mi futura esposa, comerciante de los mas opulentos de la isla, tenia un hijo único, oficial de la milicia del pais; y queriendo establecerlo ventajosamente, habia formado el plan de casarlo con su parienta para acrecentar sus caudales con los de esta, á cuyo fin tenia hechas algunas gestiones, y aun proposiciones, las que siempre fueron desairadas. Llenos de encono con esto, y considerándome con razon la causa, se propusieron la venganza y mi total ruina.

Una mañana estando en la cama entró un criado y me entregó una carta cerrada, diciéndome que el portador esperaba la respuesta; abrí el escrito, y ví que era del hijo del comerciante; su contenido se reducía á un libelo llenándome de in-

jurias, y desafiándome con cita de sitio y hora. No pude menos de levantarme al instante, y lleno de cólera al verme insultado y ajado tan injustamente en aquellos términos, exaltándose mi amor propio y delicadeza, y guiado de mi natural fogoso no tardé en decidirme; tomé la pluma y le contesté en su mismo language, aceptando el duelo y prometiendo mi asistencia á la hora señalada; cerré el papel y lo hice entregar al portador.

Llegada que fué la hora y sin poner en conocimiento de mi novia esta ocurrencia, me dirigí al sitio señalado, y no encontrando al adversario di algunos paseos y á muy corto tiempo se presentó este con su padrino. Saludóme muy groseramente y me dijo eligiese armas, á lo que contesté que un español no tenia otra que la espada, pues las demas eran de asesinos; lo que oido por él sin esperar mas, tiró la suya, dándome apenas lugar de ponerme en guardia; atacóme con ceguedad, y á los primeros golpes él mismo se pasó con la punta de mi espada recibiendo una peligrosa he-

rida, debida à su desgracia ó á mi suerte. Entonces me apresuré á prestarle los ausilios que la generosidad exige, pero con una mirada iracunda reusó admitirlos, por lo que su padrino lo incorporó y ligándole un pañuelo se retiraron, y yo igualmente,

Habiendo llegado à mi casa, y sereno algun tanto de los primeros impulsos á que mi genio precipitado muchas veces me ha conducido y no pocas comprometido; comencé á hacer reflexiones muy serias sobre las funestas consecuencias que debian seguirse á este pesado lance. No me equivoqué, pues á una hora de la ocurrencia, la señora me mandò un recado para que en el instante pasase á su casa: lo hice al momento, la encontré bañada de lágrimas, y consternada me dice: à que ha dado lugar la imprudencia de V.! no sabe que género de enemigos hemos adquirido, los conozco muy bien y sé de lo que son capaces! Por desgracia el vaticinio no fué equivoco, confirmándolo una órden que recibí de presentarme en la capital, donde fuí puesto en ar-

resto por el parte que habia dado el padre de mi adversario, pintando el hecho con los coloridos que mejor le pareció, para sacarme por agresor. Con la grande influencia que tenia en la isla, consiguió que el sumario tomase un semblante nada favorable para mi; mas aquel benéfico y prudente Excelentísimo Señor capitán general, conociendo la intriga, dispuso mi venida à España bajo partida de registro y que en ella se fallase mi causa. Pocos dias antes del embarque, recibí la infausta noticia de la muerte de mi amada, ocurrida en el corto tiempo de veinte y cuatro horas, con sospechas muy evidentes de haberla ocasionado un tósigo. Lleno de pesares y disgustos arribé à Cadiz, de donde pasé à Madrid, y desde allí escribí à mi querida tia haciéndola partícipe de mis desgraciados sucesos. Esta señora condolida é interesada en favorecerme, continuó prodigándome sus ausilios: con estos y el favor de mi tio el capellan de honor, gestionè para activar el espediente, mas viendo lo poco que adelantaba y la inaccion en que me veia para dis-

traerme contraí algunas amistades; pero tuve tan mala elección que parece que precisamente había escogido los hombres mas libertinos y depravados. Estos abusaron de mi carácter dócil y condescendiente, de manera que à los pocos dias era tan reprehensible como ellos, encenegándome en mil vicios que el pudor no permite referirlos, hasta que por último acosado de acrehedores contraidos en el juego, determiné pasar à Granada para conseguir me dejasen tranquilo, y ver si con una economía rigurosa podia cubrir los atrasos en que mi honor estaba comprometido. En este estado, hace algunos dias recibí unas cartas de mi apoderado en Madrid, dándome las infaustas noticias de que mi querida tia me había abandonado, sin duda informada de la mala conducta que yo observaba y del uso indebido que hacia de sus ausilios; é igualmente me anunciaba que el fallo de mi expediente no presentaba aspecto de ser favorable. Consternado con semejantes nuevas, viéndome abandonado y sin recursos, pues me faltaban los unicos con que podia contar, lleno

de remordimientos, y conociendo que mi poco juicio era la causa de todos mis desastres; en un acceso de frenesí, siendome la existencia una carga insoportable, resolví acabar con ella por medio del suicidio que puse en egecucion, y hubiera consumado à no ser por la generosidad de mi amigo Zuñiga, que salvò mi vida con esposicion de la suya. Esta es, mi querido padre, una relacion exacta de todas mis desgracias, de las que unicamente V. y mi amigo son los depositarios.

Habiendo escuchado atentamente esta narracion el abad, valiéndose de su gran fondo de prudencia y tomando un semblante de paz, con la mayor dulzura contestó à Bustamante en los términos siguientes:

Mi querido amigo, agradecido à la confianza que ha hecho V. de mí, no puedo menos de tomar en sus penas el mas vivo interes; en este concepto me permitirá V. use un language franco, pero muy distante de que sean mis palabras reconvenções, y si solamente reflexiones amistosas, las que no dudo surtirán el efecto que me prometo, mu-

cho mas habiendo V. tenido la virtud de confesar y conocer sus debilidades. Estas pueden remediarse, valiéndose V. del discurso claro y despejado que le asiste, y aun la suerte suya ser mucho menos desgraciada de lo que V. se persuade, para cuyo fin no haré mas que indicarle aquello en que à mi parecer ha sido V. mas reprehensible.

Dice V., que siempre le ha perseguido una fatal estrella ó mal hado; esta es una idea muy errònea, pues todo cuanto en este mundo sucede son disposiciones de la divina providencia, cuyas altas determinaciones no están al alcance del limitado saber del hombre, y su sabiduría dispone el orden de los sucesos por diferentes rodeos para bien de las criaturas, dotàndolas de razon para que hagan buen uso de este beneficio, y no abusen de sus dones. El hombre muchas ò las mas veces es desgraciado, ó porque, abandonando la sana razon, se entrega desenfrenadamente à sus pasiones, ó porqué compara su suerte con la de aquellos que cree mas felices, y en realidad están muy distantes de serlo; pues si fuese po-

sible leer sus interiores, se veria en ellos la agitacion contínua del cortesano temiendo à cada momento le disputen el favor; la del hombre de caudal deseando acrecentarlo y que no decaiga; por lo que siempre queda en el corazon humano un vacio, que prueba nuestra fragilidad. Si la comparacion se hiciese juiciosamente con la mayor parte de nuestros semejantes que sujetos à mil privaciones, y precisados à subsistir de su trabajo, à pesar de esto viven resignados y aun felices, conoceriamos cuan agradecidos debemos estar al Ser supremo que nos ha colocado en un estado medio, siendo à mi parecer el mas à propósito para la tranquilidad del hombre. El duelo, esa mal entendida idea que se tiene del honor, pues confia la razon à la punta de la espada, como si el resultado no pendiese de la casualidad ò destreza de uno de los adversarios, que no son impelidos à este detestable compromiso sino por una sed insaciable de venganza; es justamente considerado como un verdadero asesinato por las leyes divinas y humanas. Ningun hombre está autori-

zado para atentar contra la existencia de sus semejantes, ni esponer la suya propia: ni tampoco à tomarse la justicia por su mano, habiendo para esto sabios y justos tribunales: y ademas el militar honrado solo desenvayna la espada en tres casos, que son la defensa de la religion, de su patria y de la persona y derechos de su Soberano. Desgraciadamente experimenta V., amigo mio, cuantos disgustos se le han seguido y que número de enemigos se ha adquirido por una imprudencia de esta naturaleza, conduciéndole hasta el extremo de premeditar el cometer otro delito mayor, cual ha sido la bajeza de suicidarse, accion horrorosa y propia solamente de almas débiles, que temiendo unas desgracias que tal vez su fantasia les presenta exageradas, se precipitan en un abismo, esponiendo lo que tienen mas sagrado, que es su salvacion; viéndose en toda clase de vivientes privados del uso de razon y que solo obran por un natural instinto, como procuran su conservacion, y no atentan contra los de su especie. Un yerro precipita à otro, y asi, el

hombre que una vez se separa de la verdadera senda, es fácil se pierda enteramente. Estas reflexiones le habrán sido algo molestas, amigo Bustamante, pero lleno de buenos deseos, solo me he propuesto ponerlas à la vista para que V. premedite y haga de ellas el mejor uso que le parezca: por mi parte no le considero à V. desgraciado, antes muy al contrario, pues visiblemente noto ha tenido V. en su favor la mano benéfica del Ser supremo, que le ha preservado del mayor desastre. Mi caro amigo, su situacion no la miro tan desesperada, pues de la última fragilidad de V. solo somos sabedores Zuñiga y yo, de consiguiente quedará sepultada en el mas profundo silencio. Con respeto à su afectuosa tia, yo me encargo de escribirle siendo el reconciliador, y no dudo que, siendo sabedora de su reforma de costumbres, me atenderá y conseguiremos un buen exito volviéndole à su gracia. En cuanto al asunto de la causa pendiente en Madrid, igualmente escribiré à algunos amigos que conservo y à quienes es la primera vez que canso, por lo que

me persuado tratarán de servirme, los que apersonándose con su señor tío el capellan de honor, unos y otros interpondrán su influencia para el pronto despacho de su expediente; esto y la confianza que debe V. fundar en el tan justo como benéfico supremo consejo de la guerra, y sobre todo en la innata piedad de nuestro paternal y humano Soberano, que no creo desatenderá los relevantes méritos contraídos por V., me dan fundadísimas esperanzas de un resultado feliz en todo. Por último, para corroborar las verdades de mi aserto, quiero presentarle un modelo; este es su íntimo amigo de V. y mio D. Pablo Zuñiga, sugeto que con los ausilios de una sólida religion y su fortaleza de alma ha sabido contrarestar los reveses de la suerte; y al frente de una familia numerosa, sin amigos ni recursos, ha encontrado el medio de ser en lo que cabe feliz con toda su dicha familia, gozando de una completa tranquilidad. Si V. gustase, el domingo prógimo, que es dia desocupado para Zuñiga, irémos á Granada y tendrémos el gusto de pasarlo en su

compañía, oyendo de su boca las apuntaciones que ha tenido la curiosidad de anotar. Con esto concluyó el abad su discurso, y Bustamante tomándole la mano y besándosele, dándole el nombre de padre, le rindió las mas espresivas gracias, diciéndole que se sometia en un todo á sus preceptos, asegurándole que en aquel mismo momento sentia una nueva calma en su espíritu y le parecia disiparse las negras ideas que le tenían ofuscado.

CAPITULO III.

EL domingo señalado y por la madrugada subieron en una calesa el abad y su amigo, que para el intento tenia prevenida el primero, y como á cosa de las ocho llegaron á Granada, apeándose en la casa de Zuñiga á quien trataban de sorprender: subieron y lo hallaron rodeado de sus hijos menores, á quienes repasaba en el libro el Amigo de los niños, mientras los mayores se estaban vistiendo para ir á los oficios

divinos. Cuando entraron los nuevos huéspedes (à quienes no esperaba) se levantó y salió à recibirlos con aquellas demostraciones de amistad que los unia con ellos. Tomó la palabra el señor abad, diciéndole que aquel dia querian aumentar el número de su familia, pasándolo juntos, y Teodora al oír esto con su natural prevision, y como si penetrase los deseos de su esposo, disimuladamente se levantó; y cuando le pareció que los recién llegados podian haber reposado, entró con su criada y les presentó unas fuentes con hermosas y sazoadas frutas de que tanto abunda aquel pais, sirviéndoles despues el chocolate y unas tacillas de almivar, sazoadando este frugal desayuno con su amabilidad y buena voluntad con que trataba del obsequio de sus amigos, à quienes Zuñiga dijo sonriéndose: Creo me haréis la justicia de no creerme, à pesar de mi estado de menestral, tan exausto de medios que con la economia de mi esposa carezca de facultades para obsequiar un dia à mis dos únicos y buenos amigos, los que espero se-

ràn indulgentes, y conocerán que sino puedo llenar del todo mis deseos, suplirá à ellos mi buena voluntad y afecto. El señor abad le replicó: basta amigo de ceremonias y vamos al objeto principal de mi venida. Esta ha sido para que tenga V. la satisfaccion de ver los progresos de mejoría que el señor de Bustamante ha conseguido en poco tiempo; y que yo de mi parte he puesto los medios para desempeñar la comision que se me habia cometido. Concluyeron sus recíprocos discursos, y respecto de lo hermoso del dia, determinaron salir juntos hasta la hora de comer; fueron à la Alambra y Generalife, y regresaron por los deliciosos jardines llamados carmenes, que los circundan. A las dos se sentaron à la mesa, y se les sirvió una comida sazoadada y frugal; finalizada esta, el abad, de buen humor pero sin faltar à su decoro, dijo à Zuñiga: amigo mio, hoy quiero hacer un exceso que pocas veces acostumbro, y deseo sin que se resienta V. me sea permitido el contribuir à solemnizar nuestra grata reunion, permitiendo el que su criada pase

en mi nombre al café prójimo para que se nos sirva aquí, pues yo no gusto de concurrir á semejantes casas. Zuñiga no tuvo otro recurso que conformarse, y se llevó à efecto y al concluirse, el abad habló à Zuñiga en estos términos: mi estimadísimo amigo, estoy en un compromiso con el señor de Bustamante, habiéndole ofrecido (esto es contando con nuestras relaciones de amistad y la confianza que su bondad de V. me dispensa,) me interesaría para que V. nos refiera sus curiosas vicisitudes; pues creo que à nuestro amigo no le desagradará el oirlas, y tal vez sacará de ellas algun partido: en esta inteligencia yo se lo suplico. Zuñiga, para quien una insinuacion del señor abad era un precepto, y mas creyendo que à su amigo pudiese ser útil, contestó atento y urbano, que no deseaba mas que complacerlos en un todo, y que ya que querian pasar el rato, lo que haria seria sacar sus papeles y apuntes para leerlos. Con efecto se levantó y alzando la tapa de un cofre, sacó unos pergaminos y se puso à leer en los terminos siguientes.

Origen y sucesos de D. P. Z.

EN la grande y populosa Ciudad de Paris, durante el brillante y famoso reinado de Luis XIV conocido por el grande; uno de los primeros personajes de la corte, Par de Francia y de mucha influencia en el Gobierno, tuvo un hijo natural, habido de una Señora ilustre. Con el amor de padre, se prevaleió del favor extraordinario que con el Rey gozaba, y consiguió legitimar y llenar de condecoraciones y riquezas à su hijo, hasta que por ultimo le puso su apellido y le nombró su heredero. Creció este joven en medio del fausto y opulencia propias de su alto origen, y à la edad de veinte y dos años, viendo una belleza extraordinaria que le penetró el corazon, al siguiente dia se informó y supo con la mayor satisfaccion era hija de un titulo que residia en Lila, y que las principales recomendaciones de esta Señora, ademas de su rara hermosura, eran una singular virtud y modestia, debidas à la cuidadosa educacion que habia recibido. Con tales

noticias inmediatamente se apersono con el padre de la Señora y obtuvo su consentimiento y la aprobacion de la hija para su union. Con efecto esta se realizó en el pequeño pueblo de Contevill situado á cuatro leguas de la Ciudad de Etampes y catorce de la de Paris, con las licencias necesarias del Diocesano y los demas requisitos que constituian legitimo el matrimonio. Las razones que tuvieron para verificarlo en este pueblo y no en la Capital, fueron fundadas en que este enlace se efectuó de secreto ignorandole el padre del contrayente, á quien temieran pedir el consentimiento, persuadidos no accederia á el por su rango, y que sus miras para establecer el hijo serian agigantadas.

Los dos esposos vivian felices pero con toda reserva, y siempre temerosos de poder ser descubiertos, al año de casados que seria el de 1691 tuvieron el jubilo de ser padres, dando á luz Madama un robusto niño que fue bautizado en la Iglesia del mismo pueblo de Contevill, donde se dió á criar como correspondia á su clase.

Una mañana, el Par mandò entrar en su gabinete á su hijo y le hizo sentar á su lado diciéndole las palabras siguientes. Mi querido hijo, sabes el mucho amor que te profeso de lo que tienes pruebas repetidas; que has sido elevado á las primeras dignidades de la nacion, sobrandote intereses para sostener tu alto rango; que te he legitimado y puesto mi apellido nombrandote mi heredero; que ocupas un asiento en el Parlamento, todo esto debido á la benignidad del Soberano que lo ha confirmado por sus reales decretos librados en Marle, y registrados por el parlamento. Sin embargo de todo esto, no faltandote enemigos que envidien tu elevacion, trato de dar un golpe definitivo que asegure tu ecsistencia politica; para cuyo fin, he determinado y ya concertado tu enlace con M. . . . hija del Vizconde de F. . . Par de Francia y primer Ministro, el que en la actualidad goza todo el favor del Monarca; creo no tendras reparo que oponerme, y que como un hijo agradecido y obediente secundarás mis intenciones.

Sorprendido el hijo con semejan-

te discurso del padre cuyo caracter inexorable conocia, y al mismo tiempo deslumbrado con la perspectiva brillante que esta proposicion le presentaba, tuvo la debilidad y flaqueza de acceder, ocultando al padre su casamiento y legítimas obligaciones. A los pocos dias se llevó à efecto este segundo matrimonio, con todo el aparato y pompa propias de las dos altas familias que con este vínculo se estrechaban.

Cuando la primera y legítima esposa recibió tan infausta noticia, viéndose burlada y conociendo no tenia à quien apelar contra sujetos de tal categoria, se puso en manos del Ser supremo, y resignándose con sus soberanas providencias, tomó la resolución que le dictaba su virtud, cual fue entrarse en un convento donde acabó sus dias.

La conciencia, este tribunal que el hombre siempre lleva consigo, y cuando no ha obrado bien continuamente le está arguyendo, traia lleno de remordimientos al hijo del Par, y cada momento temia que fuese descubierta su fragilidad y mala fe, representándole aquellas dos inocentes

victimias de su ambicion; en este caos de confusiones, tomó la resolución de alejar su primitivo hijo del primer matrimonio, cuyo jóven tendría veinte años, para lo que se valió del medio de hacerlo viajar por distintas Cortes de Europa, en compañía de un Eclesiastico y dos criados de toda confianza; y aprovechándose de la circunstancia de ocupar la corona de España el Señor D. Felipe V., logró comunicar con este benéfico Soberano y le recomendó à su hijo haciéndole pasar à Madrid, donde siempre fue auxiliado y tratado con la mayor consideracion por este Soberano, que no ignoraba el origen de este desgraciado.

Informado el padre por los que acompañaban al referido jóven de su buen comportamiento, aplicacion, y de los progresos que habia hecho en la Latinidad, Matemáticas y Diplomacia, le hizo entender que su voluntad era se dedicase à la carrera Eclesiastica, à cuya proposicion contestó humilde y respetuosamente que su inclinacion no le llamaba à este sagrado ministerio; resultando de esto incomodarse el padre sobre mane-

ra, y abandonar el hijo dejándole de escribir. Aislado este joven, y reducido á las bondades del Rey de España, pasó á la Ciudad de Fraga, donde casó con la hija del Capitan General de la Provincia de Guipuscoa, uno de los oficiales mas beneméritos, que sobre salieron en las guer-ras de Sucesion, en las memorables batallas de Almansa y Binega, en las que los Austriacos é Ingleses fueron completamente derrotados, y de-consiguiente asegurado el trono de los Borbones.

En cuanto realizaron su casamien-to pasaron á fijar su residencia en Madrid: tuvieron de este matrimonio un hijo y tres hijas, á las que die-ron una esmerada y religiosa educa-cion, para lo que les subministraba suficientes medios la generosidad del Rey, y crecida dote que la madre habia traído.

Llegò al ilustre Par la ultima en-fermedad, y en este trance en que todos los hombres son iguales, y des-prendidos de las cosas humanas, se ven los objetos en su verdadero pun-to de vista. No pudo el enfermo me-nos de acordarse de lo injusto que

habia sido para con su inocente, legi-timo y primitivo hijo; clamó por él y lo hizo llamar: en el momento que este supo el estado de su padre por quien siempre habia tenido un cari-ño tierno y filial, no acordandose de intereses ni de la injusticia conque habia sido tratado, solo pensó en echarse á sus pies y recibir su ul-tima bendicion. Aceleradaménte con su esposa se puso en camino para Paris; mas al llegar á la ciudad de Orleans, tuvo el pesar de saber con toda certeza que sus hermanos del segundo matrimonio, con la influencia de su madre y abuelo, habian saca-do una orden para que fuese arresta-do; temiendo con fundamento que si el moribundo llegaba á ver á su lejítimo y primitivo hijo, lo recono-ceria y pondria en posesion de sus derechos é inmensos intereses, que-dando ellos despojados de la usurpa-cion. En tan critico y amargo lance, no tuvo otro recurso que retroceder á Madrid y manifestar al Rey su aflixion, cuyo Soberano lo consolò le mantuvo en su gracia y le au-xiliò durante su vida.

El primogénito de sus hijos mu-

riò en la carrera militar, las hijas casaron con sujetos de su clase, verificandolo la ultima con un oficial de graduacion del cuerpo de Ingenieros, de cuyo matrimonio nació....

En esto Zuñiga puso los papeles sobre la mesa y descansando un momento, continuò diciendo; ya habreis conocido que este hijo fue un servidor vuestro, y que las personas citadas son mis abuelos y padres: los demas sucesos que me han ocurrido los referiré en los términos que recuerde mi memoria. Mi padre murió en el campo de honor el año 1794 en Ceret pueblo del Rosellon, cuando la guerra de la revolucion Francesa, hallandose de Gefe de un Cuerpo. Quedé huérfano á la edad de diez años. Mi madre, Señora de talentos despejados y que no desmentia sus principios, tomó seguidamente la determinacion de presentarme á los Soberanos llevandome en su compañía. Estos nos recibieron con un agrado y benevolencia paternal, atendiendo á los servicios de mi difunto padre; y compadecidos de nuestra situacion, agraciaron á mi madre con un destino

de honor en Palacio, y yo sin embargo de mi corta edad, fui colocado en un cuerpo de casa Real, mereciendo siempre nuevas pruebas de la bondad del Rey. Mi madre en medio de su talento tenia algunas veces la debilidad de acordarse de lo que habían sido y figurado sus padres, y sin atender á las circunstancias de su situacion, queria sostener un caracter que por ningun titulo le era conveniente; esto, y el no correr bien con el privado, la hizo decaer del favor de la corte y fué jubilada, aunque siempre tratada con consideracion, circunstancias que me redujeron á hacer mi carrera por los tramites regulares.

Llegó el año ocho y con él las ocurrencias de Aranjuez del 17 y 19 de Marzo; y despues de la del dos de Mayo en Madrid por las tropas Francesas invasoras, se me propuso con instancia si queria tomar ingreso en ellas, lo que seguramente hubiera tenido efecto, por las relaciones que mi Madre tenia con varios Mariscales y gefes antiguos del tiempo de Luis IV, á quienes habia conocido y tratado en Paris. Dió la Nacion Españo-

la el noble grito en favor de su amado Soberano y de su independencia; yo era Español y no podia desentenderme de los sagrados deberes que me imponia esta calidad, y la fidelidad que debia al Rey, á quien hacia diez y seis años tenia el honor de servir. No vacilé y despreciando toda proposicion opuesta, tomé la resolucion de marchar á incorporarme con la primera reunion de tropas que encontrase: lo realice y presentandome á la vanguardia del Egército de Estremadura, fuí muy bien recibido del General que la mandaba, el que me colocó de Capitan en las Tropas ligeras. Aquí fué donde conoci y contraí amistad con nuestro amigo Bustamante, siendo su compañero de armas hasta nuestra separacion en el año diez, y jamas olvidaré que en la sangrienta batalla de Medellin debí á su valor y bizarria la conservacion de mi vida.

Despues de la invasion de las tropas Francesas en las Andalucias, desde cuya época me separé de mi amigo, no volviéndolo á ver hasta hace corto tiempo; me dirigí á Granada y luego á Guadix, donde habiendo

tomado el mando de las reliquias del Egército el General Blake, con sus grandes talentos y energia lo organizó y reanimó, replegándose á Baza y los Velez. Fui destinado con la Bandera de mi cuerpo y varios oficiales á la formacion de un batallon: entre estos fué agregado un Capitan, sujeto de bellissimo humor apesar de ser de una edad mas que mediana, el cual á pocos dias me entregó una instancia por la cual solicitaba licencia para casarse con una joven de veinte y dos años: no pude menos de reirme y decirle amistosamente, como se atrevia á resolucion semejante, en su edad, y en unas circunstancias tan criticas, en que solo contábamos con las plazas de Cartagena y Alicante, siendo muy dudosa la suerte futura que podiamos prometernos. El dichoso y anciano capitan no se hallaba en el caso de oír reflexiones acerca del particular; y siguiendo adelante con su proposito, á los dos meses, estando en Elche, recibió la tan deseada licencia, y llevó á efecto su casamiento, al cual por atencion y en calidad de compañero, fui uno de los convidados á solemnizar la

satisfacción de aquel día.

La familia de la novia era distinguida y una de las primeras de su pueblo; su madre se conservaba de buen parecer y una hermanita de 17 años que era la mas pequeña, tambien estaba en su compañía. Esta joven graciosa, amable, de un color moreno claro, y sobre todo unos ojos vivos y centellantes, no podia menos de causar impresion é interesar al que la tratase. Yo que me hallaba entonces de 28 años, militar desde la primera edad, en un cuerpo compuesto todo de juvenes y con proporciones, manifestaba una conducta algo libre y licenciosa, opuesta á todo lo que indicaba matrimonio, poniendo en ridiculo á los que parecia pensaban de otra manera. Pero la vista de esta jóven tuvo tal imperio sobre mi, que en un solo instante cambié de ideas y modo de pensar; y sin dar lugar á aquellas reflexiones que hacia pocos meses antes al otro compañero, atropellé por cuantos inconvenientes se presentaban; me decidí, y una mañana manifesté en breves y sencillas palabras mi modo de pensar á la referida jóven (que

es mi Teodora) en la que encontré una acogida satisfactoria, que aprobada por su madre y familia, al cabo de pocos dias me hizo dueño de su mano. Mi esposa habia perdido su padre hacia tres meses, sujeto lleno de probidad y honradez, que poseia fincas y caudales de alguna consideracion; pero su credulidad, debilidad, y escasos conocimientos le metieron en especulaciones y negocios que disiparon la mayor parte de una hacienda, quedando reducida su familia á un limitado vínculo, con el cual vivia en una mediania económica, y de resultas de las continuas invasiones de los Franceses en su pueblo, tomó la determinacion de retirarse á las inmediaciones de Alicante donde la conocí.

Casado ya, y cada vez mas satisfecho de mi nuevo estado, recibiendo repetidas pruebas de estimacion de mi jóven y amada esposa, me consideraba en lo posible feliz; esta fiel y constante compañera ha seguido por todas partes mi suerte con la mayor resignacion, sufriendo cuantas privaciones, riesgos é incomodidades eran consiguientes á una guerra devastadora,

sin que ni una sola vez le oyese la menor espresion de arrepentimiento ni recuerdo de las comodidades que disfrutaba en su casa, y perdida de un enlace ventajosisimo que despreció, para preferir á un militar sin mas patrimonio que su empleo.

Llegada la paz del año 14 y pisando el territorio Español nuestro amado Soberano de regreso de su injusto cautiverio, se disolvieron los egércitos, y mi cuerpo pasó à la Andalucia por ser uno de los destinados à Ultramar. En razon de ser padre de siete hijos logré ser eceptuado y colocado en un destino pasivo; me hallaba en este estado, cuando repentinamente y sin motivo para esperarlo, fui privado del empleo, golpe fatal que me puso à la vista el porvenir tan desgraciado que debia prometerse mi numerosa familia. Esta reflexion y el ver que todos mis proyectos quedaban disipados con tal ocurrencia, añadiendose el poder pensar con bastante fundamento que el autor de mi infortunio era un sujeto que me era deudor de su existencia y me pagaba con tan negra ingratitud; fueron consideraciones que

me causaron tal impresion, que sin ser dueño de mi mismo caí en una tristeza y profunda melancolia, hasta el extremo de postrarme en cama.

Un dia que estaba en mi delirio y acceso entró mi fiel compañera, y sentandose à la cabecera de la cama con un semblante triste, pero con una serenidad que indicaba la paz de su alma, tomandome una mano y con voz dulce y cariñosa prevaliendose de la imperiosa influencia que tenia sobre mi, me dijo: ¿Que es esto mi querido esposo y amigo? donde està el valor que en tantas ocasiones has manifestado? dónde los principios sólidos de religion que profesas y procuras inspirar à nuestros hijos? Acaso es un acontecimiento nuevo este que te ocurre? Cuantos habran pasado desde que el mundo es mundo, y los hombres sugetos à pasiones? La historia nos los recuerda bien repetidos à la memoria; y por ultimo debemos conformarnos con las disposiciones del Ser supremo cuando quiere probarnos con tribulaciones. Tu conciencia està tranquila sin que te arguya el haberte separado de los principios del honor; y tenemos sie-

te hijos cuya suerte y felicidad junto con la mia està fundada en tu conservacion; y asi amigo mio, resignate, pues no somos tan desgraciados como parece: gozamos de buena salud de una paz inalterable, y tenemos hijos dociles y obedientes. Valor pues y dejando ideas melancòlicas pongámonos en manos de la Providencia que nunca abandona à sus criaturas y emprendamos un trabajo honesto, al que todos contribuiremos, y haciendo una vida retirada gozaremos de tranquilidad.

Estas reflexiones tan juiciosas como prudentes que descubrian la virtud y fortaleza de mi esposa, fueron como un bàlsamo que se derramò por mis venas: ellas calmaron mi espiritu agitado, alejando aquellas ideas ofuscadas que alimentaba, y me tranquilicé algun tanto. En esto entraron nuestros hijos que rodearon mi cama, y à proporcion de sus edades me llenaron de caricias hasta en terminos de entermecerme. Les ofrecí que procuraria llenar mis deberes, y trataria de conservarme solo para ellos.

Lo cumplí: levanteme al siguiente dia, y à fuerza de lo que toda mi

familia se esmerò en cuidarme conseguí al punto mi restablecimiento. Tenté algunos medios para proporcionarla la subsistencia y los resultados no correspondieron; lo que me hizo dejar vanas preocupaciones, y sepultando en el fondo del baul los papeles que à ustedes he leído, mirando todo lo pasado como un sueño pasajero, y convencido de que el hombre es hijo de sus obras, que el nacimiento es un acaso, que las familias unas se elevan de la nada y otras por el contrario descenden hasta confundirse con la multitud, siendo yo uno de tantos; formè mi plan, llamé à mis hijos à quienes se lo propuse, y al que con su natural docilidad se prestaron gustosos y lo llevé à debido efecto dedicando los cuatro mayores à la industria de tejidos de algodón y las dos niñas à las labores propios de su sèxo: todos ellos con su aplicacion han aprendido y hecho progresos, y contribuyen con el producto de su trabajo para cubrir nuestras precisas necesidades, las que son menos por la rigurosa y prudente economia de mi Esposa, que es la administradora.

Quedaba un golpe que recibir para probar la firmeza de mi resolución, y este fué la orden que recibí por la cual tenía que separarme á alguna distancia de mi familia: á la verdad, encontrándome con pocos recursos tanto para ellos como para mi, me sorprendió y causó mucha desazon semejante providencia: lo reparó mi hijo mayor Fidel y con un singular afecto me dijo: Padre mio, no se contriste V., trate de llevar á efecto la orden recibida, y mire solamente por la conservacion y cuidado de su persona, que yo apesar de lo poco que mi edad permite, le prometo que poniéndome al frente de mis hermanitos, atenderé á la subsistencia de mi querida Madre y de ellos. A los dos meses regresé al seno de mi citada familia, y vi con la mayor satisfaccion y sorpresa como este virtuoso hijo, fiel á su promesa, la habia exactamente cumplido, haciendo el sacrificio de levantarse á las tres de la mañana en lo mas riguroso del invierno y trabajar hasta las nueve de la noche en tales terminos, que sus amos cuando le satisfacian el estipendio semanal admiraban á un jó-

ven de 16 años, cuyo trabajo superaba en dos tantos al de los demas operarios, y esto que ignoraban el noble y filial motivo que á mi virtuoso hijo le impulsaba; siendo siempre mi consuelo y el mejor amigo, cuyo corazon poseo.

Hace años paso la vida con mi fiel compañera que llena los deberes de buena esposa y madre, colmando nuestra felicidad el vernos circuidos de hijos dociles.

Creo no tener enemigos, porque no tengo ningun empleo que puedan desear; hago el bien que puedo á mis semejantes, y en mi nuevo estado de menestral, con el que estoy conforme, sin conexiones, y reducido al circulo de mi familia he encontrado por un efecto de la desgracia la tranquilidad que apetecia.

Señores, he cumplido con lo prometido, sentiria haber sido demasiado prólijo en ciertos pormenores que solo pueden interesar á mis amigos, pero no debia ni podia prescindir de complacerlos.

El Abad se mostró sumamente satisfecho y agradecido; pero Bustamante no pudiendo contenerse se

levantò y abrazando à su amigo, lleno de la mayor conmocion prorumpió diciendo: Eres el modelo de la constancia y firmeza, pues pocos hombres se hallarán que te imiten, pudiendo decir que con tu virtud has labrado tu tranquilidad reposo, y felicidad; debiendolo à tu sólida resignacion religiosa y verdadera filosofia. ¡Misero de mi, que no hace mucho tiempo me creia el ser mas desgraciado de los mortales, sin reflexionar que la mayor parte de mis sucesos desagradables han sido consecuencia de mis indiscreciones! al decir esto, salieron todos à dar su acostumbrado paseo, retiraronse à la hora regular, y despues de una ligera cena fueron à acostarse.

CAPITULO IV.

EN toda aquella noche no pudo reposar Bustamante, haciendo las mas serias reflexiones sobre la conversacion de la tarde anterior, y estaba con la mayor ansiedad de que llegase el dia que llegó al fin, pues el

tiempo sigue su giro y no para su curso, siendo largo solo para los que esperan impacientes.

A la hora del desayuno, despues que todos los jóvenes habian salido à sus respectivas ocupaciones, quedando solos el Señor Abad, Teodora y su esposo, Bustamante le dijo à este; aunque no necesito de nuevas pruebas de amistad, tengo que suplicarte el que sin serte graboso me concedas durante el termino de mis negocios una pequeña habitacion de tu casa, pues te confieso ingenuamente que lo necesito para acabar de fijar mis ideas y adquirir el reposo, recibir de cerca tus consejos y tener à la vista la practica de ellos. En esto harás la mayor fineza à tu amigo; ademas que no ignoro que el Señor Abad tiene precision de permanecer en esta, y yo solo en Santa Fé, pronto me aburriria.

Efectivamente el Abad estaba ocupado en una comision de importancia por el Ilustrisimo Arzobispo, no sabiendo los dias que podia detenerse, y en razon de la poca capacidad de la casa de su amigo, pasó à habitar en el palacio Episcopal,

cuyo Ilustrísimo había sido contemporáneo suyo en el Colegio del Sacro-Monte, y de consiguiente gozaba el Abad con él de la mayor confianza, y así, solo quedó Bustamante habiendo accedido à su petición gustosísimo Zuñiga.

La misma mano que había probado la fortaleza y perseverancia de este buen padre, parece que tratò de recompensar su resignacion comenzando à dulcificar la suerte de esta honrada familia con aquellos medios extraordinarios que están à su soberano alcance.

Bustamante salia muy poco de casa, ocupaba el tiempo en la lectura de escogidos y buenos libros, y la mayor parte del dia lo empleaba entreteniendo con los pequeñuelos observando sus inocentes gracias y dandoles algunas varias lecciones aliviaba en algun modo de este cargo à su amigo, para que pudiese atender con mas desahogo à sus negocios, por manera que parecia ser ya un individuo de la familia; su exaltacion había cambiado en tales terminos que él mismo se desconocia: siempre de buen humor y placentero, no con-

fundian ya su mente aquellas ideas lùgubres que tanto le habían atormentado, y Zuñiga, conociendo esta total y feliz mudanza, se complacia cada vez mas del restablecimiento de su amigo.

Una mañana, à la hora del desayuno, entrò el Señor Abad muy apresurado, y sentandose para descansar con un semblante que rebosaba alegría y júbilo, dice: He querido ser yo mismo el portador de unas noticias que deben causar suma satisfaccion à unos amigos que por tantos titulos aprecio; pero antes quiero tenerlos un rato en espectacion para no sorprenderlos. Al cabo de algunos instantes que permanecieron en esta incertidumbre, metiò mano en el bolsillo, y sacó dos cartas que acababa de recibir en el correo, abriólas y las leyó. La una era de la tia y bienhechora de Bustamante, la cual en vista de lo que le tenia escrito el Abad, tanto por la mediacion de tan respetable sujeto, como por los informes tomados de la reforma absoluta de costumbres de su sobrino, lo volvía à su gracia, facilitándole de nuevo los auxilios como anteriormente. La otra, que era

del capellan de honor, contestaba atentamente al Señor Abad dándole las mas espresivas gracias por los buenos oficios é interes que habia tomado por su sobrino, de quien estaba informado que los extravios que habia cometido eran efectos de la mala eleccion de unos falsos y perniciosos conocidos; pero que teniendo la mayor satisfaccion en la reforma de sus costumbres, la que no dudaba por conocer su docilidad y buen natural, se habian decidido à dar pasos activos para que sus persecuciones tuviesen termino; y finalmente que los resultados eran los mas satisfactorios, pues la causa se habia visto y fallado por el Supremo Consejo; y este prudente y justo Tribunal, penetrado de la malicia é intrigas de los adversarios de Bustamante, lo consideraba libre de todo cargo, debiendosele reponer en su anterior empleo. Añadia, que el Soberano, usando de su natural clemencia, compadecido de lo que habia sufrido Bustamante, y deseando no perder un tan benemerito y bizarro oficial, se habia dignado aprobar en todas sus partes la sentencia del consejo, en vista de lo cual el

Señor Ministro trasladaba esta soberana resolucion al Inspector, y este dándole cumplimiento habia destinado al mando de un Regimiento Ligero à Bustamante, cuyo aviso recibiria el correo proximo el interesado; pero, añadia el Capellan de honor, yo he querido anticiparme en dar à V. Señor Abad, y à mi querido sobrino tan satisfactorias noticias.

No es facil pintar el jubilo, parabienes y demostraciones de gozo que toda la familia tributaba à Bustamante, que no sabia como corresponder, y estaba como embelesado pareciendole todo un sueño; pero vuelto de su enagenamiento y dando un suspiro, exclamó: Valgame Dios! Cuan injusto é imprudente he sido en querer juzgar de hechos que no estaban à mi alcance; ¿y à cuantos desastres no me ha hecho acreedor un procedimiento precipitado? Créame muy desgraciado cuando en un momento me veo colmado de infinitos beneficios; si, pero mi conducta posterior acreditará que soy reconocido à tamaños bienes.

Como siempre las satisfacciones de la vida son mezcladas con algun pe-

sar, acibarò el jubilo de toda la familia la infausta noticia que á los pocos dias se recibió del fallecimiento de la tia de Bustamante, la que de resultas de una pulmonia aguda, habia finalizado sus dias al tercero de su enfermedad, y á los cincuenta y cuatro años; y no teniendo heredero forzoso, habia dejado por único y universal de sus considerables fincas é intereses á su sobrino.

Con semejante nueva, Bustamante, cuyo corazon era demasiado sensible, penetrado de reconocimiento para con su amada tia, lejos de consolarlo los intereses que le resultaban, en muchos dias no salió de su habitacion entregado al mas profundo dolor.

Los sucesos parece que se seguian unos á otros, asi es, que segun le tenian ya indicado, al correo subsiguiente recibió Bustamante la orden del Inspector para que pasase á tomar el mando de su Cuerpo, abonandole sus servicios anteriores y haberes devengados; cuya noticia no causó al pronto toda la impresion que era de esperar, á causa del luto y sensacion que experimentaba toda la familia por

la reciente pena de Bustamante. Pasado un mes, este con semblante melancòlico y bastante ceño, le dijo á su amigo Zuñiga; desearia tener contigo una sesion reservada, pues tengo hecho ya mi plan, y este es el único requisito que para ello me falta. Zuñiga, siempre condescendiente, contestò que cuando gustase; convinieron en que seria aquella tarde misma, á cuyo fin salieron por la puerta de Elvira y se sentaron en unos bancos que estaban alguna distancia de la plaza del Triunfo. En seguida tomando la palabra Bustamante y dirigiendose á su amigo, le dijo. Mi amado Zuñiga, la cita y parage te habran hecho creer sea efecto de alguna de mis estravagancias, pero muy al contrario es para tratar del asunto que mas ha podido interesarme en la vida, el cual determinará mi suerte, debiendo ser tu el que la decida. Creo me harás la justicia de conocer cuan diferente es mi comportacion y conducta, gracias á tus buenos consejos amistad y ejemplo, como igualmente á las reflexiones sabias y prudentes del Señor Abad. Si mi genial pronto y precipitado me ha conducido á

cometer locuras, tambien habrás notado, que en medio de ellas se ha traslucido que mi corazon no estaba enteramente corrompido, ni habia olvidado tampoco las impresiones de mi primera educacion. Digo esto porque despues de una madura reflexion he formado la resolucion de fijar mi suerte. Sabes ya que estoy repuesto en mi anterior empleo, no soy ambicioso, y como este no me contenta podrá ocuparlo otro mas benemerito: yo tengo mucho mas de lo suficiente para pasarlo con decencia con lo que mi amada Tia me ha dejado; pienso pues pedir mi retiro, poner en Osuna un administrador, y fijar la residencia en esta, por lo mucho que me agrada su situacion y clima. Finalmente hay otra causa mas poderosa, la que ya por lo dudosa que era mi posicion, como por lo que debia al sagrado de tu casa y á la confianza que depositabas en mi, te he reservado hasta ahora: desde el momento en que vi á tu hija Laureta, su candor y natural hermosura causaron en mi sensaciones que ninguna otra muger las habia producido en mi corazon iguales; y avivandose mi

pasion desde que la trato de cerca y conozco las virtudes de que está adornada esta amable criatura, solo haria mi completa felicidad el poder darle el nombre de Esposa y Madre de mis hijos, añadiendo á los vinculos de nuestra amistad el mas estrecho de todos dándote el nombre de padre, y deseando que la suerte de ambas familias fuese la misma. A nadie he consultado; tu solo eres el depositario de los secretos de mi corazon; si merezco la aprobacion del tuyo habré logrado cuanto apetezco: en tus manos pongo mi causa, y por conducto de la prudente Teodora pueden explorarse los sentimientos de la candorosa Laureta, que deseo deberlo á su inclinacion, y no á la sola obediencia. Callò Bustamante, y Zuñiga echandole los brazos al cuello le contestó: Puedes persuadirte que tu amigo se oponga á lo que pueda contribuir á la felicidad del suyo? Prescindiendo de los intereses, que sabes que no hallan en mi cabida, yo te prometo que esta noche misma hablaré con mi querida Teodora, y tanto ella como yo tendrèmos el colmo de nuestras satisfacciones contandote en el

número de nuestros hijos, siempre que no hallemos oposicion en Laureta pues en esta parte estoy de acuerdo con tu opinion: aconsejaré, mas nunca violentare à mis hijos sobre la eleccion de estado, del que pende su felicidad para toda la vida: soy un padre, un amigo de mis hijos, poseo su corazon y confianza; pero nunca obraré de modo que pueda recaer sobre mi el odioso nombre de despota y opresor de mi querida familia.

Aquella misma noche Zuñiga puso en conocimiento de su esposa la conversacion que habia tenido con Bustamante, la que es fácil conocer que no desaprobó, y desde luego ella misma se encargó de sondear el corazon de su hija, quedando de acuerdo en que le avisaria de los resultados. Efectivamente, al otro dia se le presentó la mejor ocasion en un intervalo en que Eloísita se separó à otra ocupacion. Entonces Teodora con un semblante risueño dirigió la palabra à Laureta diciendola: Noto hija mia con la mayor complacencia cuan robusta y corpulenta estas, escediendome en estatura, sin embargo que no llegas à los diez y seis años: de tu edad poco

mas me casé con tu padre, y he sido dichosa como presencias todos los dias; pero los buenos padres siempre desvelándose por la felicidad de sus hijos, y conociendo que por un orden natural deben faltar antes que ellos, dirigen todo su conato à proporcionarles un establecimiento ventajoso, y mas particularmente à las hijas. Te digo esto, mi amada Laureta, en razon de que un verdadero amigo de tu padre le pidió ayer tu mano: este es el Señor Bustamante, sujeto en quien residen circunstancias recomendables, y como su edad es proporcionada à la tuya, nos parece que todo esto contribuiria à hacerte feliz; pero sin embargo estamos muy distantes de exigirte la menor violencia, y solo deseamos con la sinceridad de tu corazon, ingenuamente digas à tu amorosa madre lo que pienses sobre lo que acabo de proponerte, en el concepto de que solo apeteecemos el que deliberes libremente, debiendose à tu eleccion y no al imperio de padres el nuevo estado que te se propone, pues cualquiera que sea tu determinacion, no por eso rebajará en nada el cariño y ternura que te

profesan. Laureta sonrosada y enternecida, vertiendo lagrimas, se levantó y postró à los pies de la madre, y cogiendole afectuosamente la mano le contestó diciendo: Carezco de expresiones capaces de manifestar los sentimientos de mi reconocimiento de que mi corazon està poseido para con mis amantisimos padres, á quienes tanto debo; pero correspondiendo à sus bondades, no puedo menos de decirles que no tengo voluntad propia y que siempre les estoy sumisa: lo unico que llenará de amargura à Laureta será el haberse de separar de ellos. Mas esta misma obediencia me impone el deber de ser sincera para con unos padres que tienen la condescendencia de consultar mi modo de pensar. El Señor de Bustamante que ha tenido la bondad de hacer la eleccion en mi, es sujeto que por su personal, amable trato, buen fondo, y sobre todo el ser un verdadero amigo de mi padre, lo hacen muy recomendable para mi; así, mi querida madre, es V. ahora como siempre la depositaria de mis sentimientos, contandome sumisa à sus deliberaciones. La madre estrechándola en su seno, la previno

se tranquilizase y compusiese el semblante, para que su hermanita pequeña no trasluciera algo de la conversacion precedente.

A la noche, Teodora enterò à su esposo de cuanto con Laureta habia mediado, lo que le llenó à este buen padre del mayor jubilo, y quedó en dar la contestacion y consentimiento de ambos à su amigo.

A la mañana siguiente entrò en el cuarto de Bustamante, y sentándose con la mayor alegria le dijo: como amigo no he querido retardarte la satisfactoria nueva de que por parte de mi hija Laureta no hay ninguna oposicion, antes muy al contrario eres correspondido; y como padre debo decirte que tanto Teodora como yo tenemos en esto un singular placer mereciendo nuestra aprobacion, y ademas el gusto de añadirte el titulo de hijo à el de amigo.

Bustamante no puede contenerse, se levanta, lo abraza, y movido de un impulso extraordinario lo conduce à la sala, y con Teodora hace iguales demostraciones, dándole el cariñoso nombre de madre; y despues à Laureta le cogió la mano diciéndole;

amable criatura, su candor y virtudes de V. constituirán mi verdadera felicidad: todos mis cuidados y desvelos se dirijirán à que V. la tenga igualmente; mas yo no la poseeria completa si nos privasemos de la compañía de sus amados padres y míos. Abrazó à Fidel apellidándole hermano, y le dijo: tu has llenado los deberes de un buen hijo con tus sacrificios y amor filial. Tus virtudes no quedarán sin la debida recompensa: seguirás una carrera correspondiente à tu clase é inclinaciones, pues tus padres en quienes los bienes de fortuna han escaseado y sobrado las virtudes, ya no estan en el caso de exigir sacrificios de sus hijos, y asi despídete de tu amo para que despues de mañana pasemos juntos à Osuna; despues abrazó à todos los pequeñuelos, y parecia que con sus inocentes caricias le tributaban su reconocimiento.

Al correo proximo solicitó de S. M. la Rl. Licencia para su casamiento, è igualmente el retiro, cediendo à favor del erario los intereses que por sus servicios le correspondian, escribiendo à su señor Tio dandole parte de

su determinacion, y encargándole se sirviese activar el pronto despacho de sus solicitudes.

Por la mañana Zuñiga y Bustamante fueron al Palacio Episcopal à visitar y dar parte de todo lo ocurrido al Señor Abad, de lo que se complació infinito este buen Eclesiastico y amigo, y comprometióse à ser el Ministro del casamiento, disponiendo solemnizar este acto con la asistencia del Ilustrisimo Señor Arzobispo su amigo.

Al dia señalado partió Bustamante con Fidel para Osuna, donde llegaron felizmente; tomó posesion de sus caudales, los arregló y puso à cargo de Administradores idoneos y de conocida probidad, y à los quince dias regresaron à Granada. Bustamante tomó una casa muy decente y capaz para toda la familia, la amuebló con decoro pero sin lujo, hizo construir en Madrid los trajes para Laureta, mas no permitiendo su delicadeza que Teodora y Eloisa fuesen menos, hizo traer otros iguales, pues asi como lo habian sido en los infortunios era justo lo fuesen en lo demas. A Fidel le proporcionó una beca en

el Colegio del Sacro-Monte dedicándose este joven á la jurisprudencia: Puso á Eloisita á media pensión en casa de unas Señoras de conocidas virtudes, é instruccion, y á los dos niños mayores se les dedicó á la Gramatica, Matematicas y Francés. Tomadas todas estas disposiciones, solo esperaba con impaciencia la contestacion de sus dos instancias pendientes.

Al cabo de un mes llegó este dia tan deseado: recibió por el correo su Licencia de casamiento y el retiro, pero con la circunstancia de no haber admitido S. M. la donacion que Bustamante hacia de sus haberes, y antes muy al contrario concediéndole por un efecto de su innata clemencia la cruz de una de las ordenes Militares, acontecimiento en el cual no tendria pequeña parte el favor del Capellan de honor, que quiso dar una prueba de lo grata que le habia sido la eleccion del sobrino, el cual sin pérdida de momento avisó al Señor Abad, y tomadas las previas disposiciones, en la noche siguiente este respetable Ministro del Altar dió la bendicion nupcial en la Capilla del Ilustrisimo Arzobispo á esta feliz pareja.

Zuñiga, este hombre singular que tantas pruebas habia dado de su resignacion y fortaleza de alma, debidas á su sólida religion y verdadera filosofia, hasta el punto de haber hallado en medio de los infortunios el modo de gozar de una completa tranquilidad, no quedó sin la debida recompensa; pues por tan extraordinarios sucesos la Divina Providencia dulcificó su suerte, viviendo en el dia rodeado de su fiel esposa y amados hijos, estos en carrera proporcionada á su clase, dando esperanza con su aplicacion y docilidad de grandes adelantos; y para colmo de sus satisfacciones está proxima Laureta á ser madre. Toda esta venturosa familia merece la consideracion de cuantos tienen la suerte de conocerlos; siendo de advertir que Zuñiga, consecuente en sus principios, no se ha desprendido de sus telares, los que le sirven de un espejo fiel de las vicisitudes humanas, habiéndole sido su unico recurso para proporcionarle la subsistencia, cuando le faltó empleo, intereses y amigos.

FIN.

